

Catecismo 1352 LA EUCARISTÍA La celebración litúrgica

El desarrollo de la celebración, Anáfora, Prefacio

2007

Mons. JOSE IGNACIO MUNILLA

Un cordial saludo a todos los oyentes de Radio María. Un día más, con la Gracia del Señor, proseguimos el comentario del catecismo de nuestra madre la Iglesia.

Antes de la anáfora y después del ofertorio hay dos signos:

Lavatorio de las manos, que hace el sacerdote, es un signo que históricamente se introdujo en la liturgia, por el hecho de que al recoger las ofrendas del campo, el sacerdote se ensuciaba las manos y tenía que limpiarse las manos.

Pero el significado que pasa a adquirir no es el de la limpieza de las manos, sino como un signo de la purificación interior. El que preside la Eucaristía se siente indigno, sabe que el Señor le ha elegido para presidir esa celebración, que le ha consagrado para ser "Cristo-cabeza", hasta el punto de decir: "**esto es mi cuerpo**", se identifica con Cristo; como si fuese Cristo mismo.

La Iglesia es consciente, que por mucho que ese sacerdote se haya preparado para ese momento, siempre será indigno, y por esto mismo el sacerdote hace un gesto de purificación interior.

El sacerdote dice una oración en secreto:

"Acepta Señor nuestro corazón contrito y nuestro espíritu humilde; que este se hoy nuestro sacrificio, y que sea agradable en tu presencia"

A continuación el sacerdote se lava las manos, diciendo en secreto:

"Lava del todo mi delito, Señor, limpia mi pecado"

Con frecuencia se ha suprimido este gesto del lavatorio de las manos; siendo que las normas litúrgica no dicen en ningún momento que sea un signo que se pueda suprimir.

Es importante que seamos obedientes a la liturgia de la Iglesia; porque es un signo de humildad, el hecho de que no me considero dueño para quitar y poner... "*No soy dueño de la liturgia*".

Cada aspecto de la liturgia guarda un tesoro, está expresando y está protegiendo un aspecto importante de nuestra religiosidad.

Estas dos oraciones secretas, en torno a las que se hace el lavatorio de las manos, está insistiendo en la conciencia de la indignidad que tenemos para celebrar los misterios santos de Dios: **El hecho de que Dios ha puesto las "cosas santas" en manos pecadoras, y no se arrepiente de eso.**

Y es bueno que no nos escandalicemos de que Dios lo haya hecho así.

Peor al mismo tiempo es una conciencia de indignidad que se convierte en una súplica de purificación y que Dios nos haga santos a estos hombres pecadores. Es el deseo de la Iglesia que los sacerdotes sean santos peor el hecho de que seamos pecadores **no quita valor al sacrificio.**

Pero lo lógico y coherente sería que quien participe presidiendo esa celebración no solo este haciendo algo hermoso, sino **que se haya dejado configurar por Cristo.**

Aquí no vale lo que ocurre con los políticos: "*la vida personal del político no interesa, lo importante es que sea un buen político*" Por cierto que habría mucho que decir en este caso, porque no sé si será mucho de fiar quien no ha sido fiel en su vida privada; es difícil esa diferencia entre vida privada y vida pública en este aspecto.

Claro que en un ministro de Dios la cosa está más clara, aquí no hay distinción entre el "quehacer público y ministerial" y la vida privada: ***El sacerdote tiene que ser santo en toda su vida: en su ministerio público y en su vida privada.***

En fin, sabemos que somos pecadores pero mantenemos la "santa rebeldía" de mantener el ideal de la santidad. Saber que si Dios ha puesto en nuestras manos las cosas santas, no es únicamente para que pasen por nuestras manos como si fuéramos camareros, que repartimos la comida y nosotros nos quedamos sin comer; ni tampoco como una cañería por la que pasa el agua, y cuando ha pasado la cañería se queda reseca.

En el plan de Dios es que el que celebra sea el primer santificado y enriquecido.

Por eso ese signo del lavatorio de las manos no deberíamos omitirlo nunca, porque es el que nos recuerda que al mismo tiempo que Dios nos ha elegido como instrumentos de santificación, soy el primero que pongo de rodillas ante Jesús y le pido que me purifique.

Después del lavatorio de las manos, el sacerdote hace una invitación a la oración:

"Orad hermanos, para que este sacrificio, mío y vuestro, sea agradable a Dios Padre todopoderoso".

Hago notar que dice: "***mío y vuestro***", lo distingue queriendo testimoniar que el sacerdocio común de los fieles y el sacerdocio ministerial, son distintos, y la forma que tiene de participar, el sacerdote que preside la celebración de la Eucaristía, no es la misma que la que tiene el resto de los bautizados fieles.

Puede ocurrir que a los sacerdotes nos parezca una distinción demasiado remarcada: como si fuera un "*mirar por encima del hombro a los demás*". Lo cierto es que es ridículo verlo así.

Acabamos de lavarnos las manos y caer en cuenta de nuestra indignidad.

Por cierto que muchas veces cuando un sacerdote presidiendo y ve a muchos fieles, que además él les confiesa, y sabe de qué cosas piden perdón a Dios, y sabe que muchos de esos fieles son bastante más santos que él. Eso un sacerdote lo sabe.

Pero eso no quita para que tengame conciencia de la dignidad especial que el Señor ha dado a quien preside la Eucaristía; y por eso dice "**para que este sacrificio mío y vuestro...**".

Por eso pedimos al sacerdote que ofrezca la misa por una intención o por otra. Claro que nosotros los seglares también podemos ofrecer la Eucaristía por una intención o por otra; pero la forma que tiene el que preside la Eucaristía, de ofrecer el sacrificio es esencialmente distinta, porque al presidir la celebración tiene un grado de identificación con Cristo máximo, y la ofrenda que él hace alcanza otra dimensión o superior en grado.

Además las personas no se acercan al sacerdote no por la santidad personal- que en el lavatorio de las manos ha quedado claro que no la tienes, que has pedido a Dios que te purifique- **sino por la configuración con Cristo que hace que presidas esa celebración como Cristo cabeza.**

También existe alternativa que la liturgia ofrece ara este momento de la anáfora:

"Orad hermanos para que este sacrificio mío y vuestro sea agradable a Dios Padre todopoderoso".

Otra:

"Orad hermanos para que llevando al altar los gozos y las fatigas de cada día nos dispongamos a ofrecer el sacrificio agradable a Dios Padre..."

La Iglesia nos invita a que el ofertorio sea también el ofrecimiento de nuestros "**gozos y nuestras fatigas**". Es importante que sepamos ofrecernos en el momento del ofertorio: nuestra alegrías y penas nuestros gozos y sombras.

Y además dice que **nos dispongamos a ofrecer el sacrificio agradable a Dios Padre**, que nos disponemos a ejercer el sacerdocio común de los fieles que hemos recibido por el bautismo: "*disponde bien, porque has entrado en una parte de la Eucaristía, donde ofreces el sacrificio de Cristo al Padre, y unes el tuyo al de Cristo.*"

Además, lo importante del ofertorio no es que yo ofrezca mi sacrificio y mis alegrías, lo importante es que **yo ofrezco el sacrificio de Cristo.**

La clave de la misa no es que yo ofrezco mis cosas a Dios, porque para eso no haría falta la misa.

La clave es que yo ofrezco el sacrificio de Cristo como si fuese mío: "**porque el Padre me ha dado al Hijo**". Ahí está la grandeza de la Eucaristía: ofrecer una cosa que ni remotamente podría arrogarme la propiedad de ese sacrificio.

Después de hacer esta invitación la oración, el pueblo se pone en pie para escuchar la oración de las ofrendas.

Hay tres oraciones en la Eucaristía:

La oración colecta, la oración sobre las ofrendas y la oración de acción de Gracias, después de la comunión. Esas oraciones se escuchan de pie, porque nadie suplica una cosa sentado.

A continuación viene la anáfora, a la que hace referencia el punto de hoy:

Punto 1352:

La Anáfora: Con la plegaria eucarística, oración de acción de gracias y de consagración llegamos al corazón y a la cumbre de la celebración:

En el prefacio, la Iglesia da gracias al Padre, por Cristo, en el Espíritu Santo, por todas sus obras, por la creación, la redención y la santificación. Toda la asamblea se une entonces a la alabanza incesante que la Iglesia celestial, los ángeles y todos los santos, cantan al Dios tres veces santo.

Es con la Anáfora o plegaria Eucarística comienza la segunda parte de la Eucaristía, que es la gran oración dirigida a Dios Padre.

La Anáfora tiene una primera parte que es el **prefacio**:

<i>"El Señor este con vosotros;</i>	<i>y con tu espíritu"</i>
<i>"Levantemos el corazón;</i>	<i>lo tenemos levantado al Señor"</i>
<i>"Demos gracias al Señor nuestro Dios;</i>	<i>Es justo y necesario.</i>

Es un dialogo hermoso donde se nos está elevando el tono interior para comenzar la plegaria Eucarística, cayendo en cuenta de que no podemos ser meramente espectadores, sino que tenemos que ser "**co-oferentes**", ofrecer junto con el sacerdote el sacrificio de Cristo al Padre.

Por tanto, no vale con estar "*de cuerpo presente*".

Este dialogo es como "*un tantear*", para ver si las personas que están presentes, están con los "*motores encendidos*", dispuestos para celebrar la Eucaristía.

Es como cuando un organista, antes de empezar el concierto toca toda la escala de notas para ver si el órgano esta afinado.

A continuación se hace una oración de Gracias a Dios, se recurre a tantos motivos por los que dar gloria a Dios como dice este punto:

La Iglesia da gracias al Padre, por Cristo, en el Espíritu Santo, por todas sus obras, por la creación, la redención y la santificación.

Hay muchos prefacios, de tiempo de Adviento, de Cuaresma, de Pascua, de tiempo ordinario, de los santos, de las vírgenes...

Y en cada uno de ellos estamos desgranado tantos motivos de dar Gracias a Dios.

La Iglesia nos enseña a dar Gracias.

La Iglesia nos enseña a ser sensibles a los montones de dones de Gracias de parte de Dios.

Desde la historia de la salvación, solamente con eso tendríamos para toda la eternidad de dar gracias a Dios.

Dice el prefacio que es "**justo y necesario dar Gracias a Dios**"; no es que sea "conveniente".

El hombre se salva por caer en cuenta de que ha sido amado por Dios, y entonces prorrumpo en una acción de Gracias... es **necesario de que yo sea agradecido, y que sea expresión de haber sido inmerecidamente amado.**

Solo quien se sabe "inmerecidamente amado" es agradecido. No estamos hablando en el sentido de "buena educación".

Se especifica que damos gracias **al Padre, por Cristo, en el Espíritu Santo.** Es como vernos inmersos en el seno de la Santísima Trinidad a la hora de hacer esa acción de Gracias.

El hecho de que la Iglesia recurra a los ángeles en este momento de la anáfora, para dar gracias a Dios. Sabemos que nuestra acción de Gracias es siempre incorrecta e insuficiente.

Los ángeles y todos los santos, cantan al Dios tres veces santo.

"Con todos los Ángeles y Arcángeles y todos los coros celestiales cantamos sin cesar el himno de tu gloria."

Esto no es solo una formula hecha sino que es una verdad. Tenemos que imaginar, y por qué es así que el altar está rodeado de los ángeles de Dios y que adoran a Cristo y que se están uniendo a la ofrenda sacramental de la Iglesia de Cristo al Padre.

Esto no es un recurso estético eso de recurrir a los ángeles, como si estuviéramos "adornando con unos angelitos el altar de la Eucaristía".

Que los ángeles son seres espirituales, personales, creados por Dios que le alaban, le bendicen, le glorifican y que nos ayudan a nosotros que nuestra liturgia sea perfectamente glorificadora de Dios Padre.

Esto es importante, porque como no se recurre a los ángeles parece que no existen, pero sí que están en esa ofrenda con nosotros de Cristo a Padre.

Se dice en todas las misas, y no es ninguna fórmula retórica, es una verdad de fe:

Con todos los Ángeles y Arcángeles y todos los coros celestiales cantamos sin cesar el himno de tu gloria."

A continuación se reza el "Santo".

Ese canto recuerda dos cosas principalmente. Es una pieza litúrgica:

**Santo, santo, santo es el Señor,
Dios del universo.
Llenos están el cielo y la tierra de tu gloria.
Hosanna en el cielo.
Bendito el que viene en el nombre del Señor.
Hosanna en el cielo.**

La primera parte del Santo nos recuerda más al libro del Apocalipsis 4, 8:

Los cuatro Vivientes tienen = cada uno seis alas, = están = llenos de ojos todo alrededor = y por dentro, y repiten sin descanso día y noche: = «Santo, Santo, Santo, Señor, Dios Todopoderoso, Aquel que era, que es y que va a venir».»

Hay una referencia al "Cordero degollado" que ha sido resucitado. Esta santo nos remite a la liturgia de la Jerusalén celestial.

En la segunda parte del Santo: Bendito **el que viene en el nombre del Señor**. Es como un eco de la entrada de Jesús en Jerusalén, en su semana de pasión, cuando los niños hebreos recibieron a Jesús con palmas en la mano diciendo: ¡**Bendito el que viene en el nombre del Señor!**

Es el recordar que la celebración de la santa Misa, que se está introduciendo en la liturgia Eucarística, tiene esas dos dimensiones:

-Hacer memoria de la pasión de Cristo, en su entrada a Jerusalén.

-Pero haciéndola glorificando desde el cielo.

Es la pasión de Cristo pero desde el Cielo, desde la situación glorificada en la que esta Cristo, ahora.

Esos niños que aclamaban "**Santo... bendito el que viene en el nombre del Señor**".

Es un himno de gozo, pero lo vivimos en un tono de misterio y humilde, sabiendo que se va a revivir sacramentalmente la entrega de Cristo.

Lo dejamos aquí.